

Billy y el vestido rosa

Anne Fine

Ilustraciones de Philippe Dupasquier



loqueleg

Empieza un día horrible

Cuando Billy Simón se despertó el lunes por la mañana, descubrió que se había convertido en una niña.

Estaba todavía delante del espejo mirándose, asombrado, cuando entró su madre como un torbellino.

—¿Por qué no te pones este vestido rosa tan mono? —preguntó.

—¡No llevo nunca vestidos! —exclamó Billy indignado.

—Ya lo sé —dijo su madre—. Es una verdadera lástima.

Ante el asombro de Billy, y antes de que tuviera tiempo de protestar, le había metido el vestido por la cabeza y subido el cierre del costado.

—Abrochate tú los botoncitos de nácar —le dijo—. Son un poco latosos y a mí ya se me está haciendo tarde para ir a trabajar.

Y salió con la misma rapidez con la que había entrado, dejándole desconsolado delante del espejo, en el que se reflejaba una niña con su mismo pelo rizado color zanahoria y un vestido rosa con frunces y botoncitos de nácar, que le miraba con la misma cara de desconsuelo.



—No puede ser —se dijo Billy—. ¡No puede ser!

Salió de su cuarto justo cuando pasaba su padre a la carrera. También se le había hecho tarde para el trabajo, pero se inclinó y le plantó un beso en la mejilla.



—Adiós, cielo —dijo, revolviéndole los rizos—. Hoy vas más elegante que nunca. Pocas veces te vemos con un vestidito, ¿no es cierto?

Bajó corriendo las escaleras y salió de la casa tan deprisa que no pudo ver la cara de Billy ni oír lo que mascullaba.

Bella, la gata, no pareció notar ninguna diferencia. Exactamente igual que siempre, ronroneando, restregó contra sus tobillos su cuerpo suave y peludo.

A continuación, Billy se puso a desayunar sus cereales con leche como de costumbre, convencido de que todo aquello era inevitable. Luego salió de casa a la misma hora de todos los días. No tenía otra alternativa. A pesar de que todo era muy raro, las cosas sucedían con total normalidad, como en un sueño.

¡O a lo mejor era una pesadilla! Porque en la esquina estaba la pandilla de los chicos del colegio rival. Entre ellos, Billy pudo reconocer a uno al que llamaban Manu Matón, con su chamarra de cuero negro claveteada.

“Me parece que voy a ir por el camino largo, dando un rodeo —pensó Billy—. No quiero involucrarme en una estúpida pelea con ellos como la semana pasada, que me dieron patadas en los tobillos y me hicieron polvo.”

Justo entonces, Billy oyó el silbido más agudo que pudiera imaginarse. Se volvió para ver de dónde venía semejante sonido y entonces se dio cuenta de algo horrible: ¡el silbido de Manu iba dirigido a él!

Billy se puso tan colorado que sus pecas desaparecieron. Se sintió tan estúpido que se le olvidó doblar en la esquina siguiente para dar el rodeo que había pensado y acabó pasando por delante de la banda.

Manu estaba hecho un bravucón, apoyado en los barrotes de la verja, y siguió silbando a Billy cuando éste pasó con su vestido rosa con botones de nácar.

Billy pensó: “¡Casi sería mejor que me dieran patadas en los tobillos otra vez!”

Cuando llegó a la calle principal, había una anciana de pelo gris esperando al borde de la

acera para cruzar, y Billy se puso a su lado para protegerse de la banda de Manu.

—Dame la mano, preciosa —dijo—. Ya verás cómo las dos cruzamos la calle sin problemas.

—No, de verdad, no hace falta —se resistió Billy—. Me las arreglo muy bien, en serio. Cruzo todos los días esta calle yo solo.

La buena mujer ni le escuchó. Se inclinó, le agarró de una mano y cruzó la calle tirando de él.

Al llegar al otro lado le soltó y, mirándole con aprobación, dijo:

—Llevas un vestido monísimo. Sé buena y procura no ensuciártelo.

Para no decir algo desagradable, Billy echó a correr.

El director estaba a la puerta del colegio, con el reloj en la mano, viendo llegar a los últimos retrasados.

—¡Esteban Iruña, a ver si te pones las pilas! —gritó.

—¡Toni Guardo, espabílate!

Otro niño dobló la esquina a toda velocidad y se coló delante de Billy.

—¡Llegas tarde, Andy! —gritó el director—. ¡Tarde, tarde, tarde!

A continuación tenía que pasar Billy.

—Venga, venga, pasa —dijo el director animándole—. Date un poquito de prisa, criatura, que vas a llegar tarde a la asamblea, y eso no puede ser.

Después de decir esto entró en el colegio detrás de Billy.

La asamblea era un acto que todas las mañanas, antes de empezar las clases, se celebraba en la sala grande.

Después de cantar un himno religioso les indicaron que se sentaran en el suelo, como de costumbre. Billy intentó con todas sus fuerzas estirarse el vestido para taparse las piernas.

La señorita Coll se inclinó hacia delante en su silla y le dijo:

—Deja ya de jugar con tu vestido. Te estás estropeando la falda manoseándola con esos dedos tan sucios.

Billy la miró con ira y mantuvo una expresión amenazadora hasta el final del acto, cuando todos se pusieron de pie como siempre.

—Ahora necesito cuatro voluntarios fuertes para que lleven una mesa al edificio de preescolar —anunció el director—. ¿Quién quiere ir?

Casi todo el mundo levantó la mano. ¡A quién no le gustaba darse un paseo y cruzar el patio! Además, en la clase de preescolar tenían música, un grifo con agua y botes de pinturas de todos los colores, triciclos, rompecabezas y unas construcciones enormes. Si disimulabas y no hablabas mucho ni muy alto, podían pasar unos cuantos minutos antes de que la profesora se diera cuenta de que eras de otra clase y te echara.

Por eso toda la sala era un bosque de manos levantadas.

El director miró alrededor de Billy y eligió a cuatro chicos.

Al salir de la sala, Billy oyó cómo Astrid se quejaba con su profesora, la señorita Coll: